

en una carta dirigida á toda la cristiandad, el heróico Gregorio IX dijo: « No os amilaneis por las vicisitudes presentes: » no os acobardeis por los reveses, ni os enorgullezcáis en las » prosperidades. Poned vuestra confianza en Dios y sabed esperar. La barca de Pedro es muy frecuentemente arrastrada » por las olas y á punto de caer en escollos por las tempestades; pero muy pronto se endereza sobre las encrespadas » olas, y vuelve á tomar tranquilamente su navegacion. » Semejante fe no se engaña jamás. A pesar de los obstáculos que se oponían á la eleccion de un soberano pontífice, el cardenal Jofredo Castiglione fué elevado á la silla de san Pedro, bajo el nombre de Celestino IV. Pero ni aun tuvo tiempo de ser consagrado, pues que murió á los diez y seis dias de su eleccion.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO IV (24 de junio de 1243-7 de diciembre de 1254).

15. La vacante de la Santa Sede no habia contenido la guerra impía de Federico II. Durante todo el pontificado de Gregorio IX, el emperador no habia cesado de llamar por testigo al cielo y á la tierra, de que solo el papa era la causa de la discordia entre la Iglesia y el Imperio, que solo el papa era quien se oponia á la paz. Gregorio IX y su sucesor eran ya muertos, y sin embargo aun no habian cesado los armamentos de Federico. La flota siciliana cercaba á Roma por tierra y por mar, de suerte que no permitia la entrada de los cardenales en aquella capital. Durante dos años se obstinó en no acceder á las instancias de toda la cristiandad; por manera que solo permitió en junio de 1243 reunirse los cardenales para la eleccion. Los sufragios recayeron en el cardenal Sinibaldo Fieschi, que tomó el nombre de Inocencio IV. El nuevo papa habia tenido ocasion de conocer íntimamente á Federico II en una legacion al Alemania, que le habia encargado Gregorio IX, y entonces se estrecharon amistosamente el legado y el emperador: por consiguiente su eleccion debia de complacer á Federico II, y sin embargo concibió mucha inquietud. « El papa y el carde-

» nal, decia, son dos hombres muy diferentes; me temo mucho que en lugar de un amigo cardenal no tengamos un papa » enemigo. Ningun papa puede ser Gibelino. » Y en efecto los acontecimientos le dieron razon, pero la falta solo pudo imputarse á la violencia y terquedad del emperador. Con todo, las primeras relaciones dieron fundada esperanza de paz. Federico envió á Roma una embajada encargada de concluir su reconciliacion con la Santa Sede. El 31 de marzo de 1224, los diputados imperiales juraron en nombre de su amo estar prontos á dar cabal satisfaccion á la Iglesia de todas las afrentas é injurias que habia recibido de parte del emperador; de devolverle todas las tierras y dominios usurpados; de poner en libertad á todos los obispos cautivos, y velar por la independencia en las elecciones episcopales. Inocencio IV creyó desde luego en la sinceridad de semejante arrepentimiento; mas quedó muy pronto desengañado. Federico II, vuelto á su primera perfidia, protestó que no le era posible cumplir con el juramento que habian prestado los embajadores: « Porque era sobrado perjudicial á sus intereses, » decia el emperador. Para obrar mas eficazmente en el ánimo del emperador, Inocencio IV quiso tratar personalmente con él y fué á avistarse con él en Citta di Castello. Federico trataba de apoderarse inmediatamente de la persona del pontífice, y dió para ello las órdenes necesarias para su arresto. Mas Inocencio IV, prevenido á tiempo, huyó solo en medio de la noche, montado en un buen caballo, que de una tirada le puso en Civita-Vecchia. Desde allí se embarcó para Génova, y poco despues pasó las fronteras de Francia, refugio ordinario del pontificado proscrito, y se fijó en Lyon, año de 1244.

16. El primer cuidado del pontífice fué convocar á todos los obispos del mundo católico para un concilio en Lyon, que fué el décimotercero general, primero de esta ciudad. Ciento cuarenta y cuatro obispos asistieron á él, con los patriarcas latinos de Oriente, Balduino II de Courtenay, emperador de Constantinopla, Ramon VII, conde de Tolosa, y diputados de todos los príncipes cristianos. Fué citado el emperador Federico II,

para responder de su conducta con la Iglesia romana ; mas no compareció en persona , sino que envió una diputacion encargada de su defensa , á cuya cabeza estaba Tadeo de Suessa , consejero imperial , de rara habilidad y elocuencia , que en las actas del concilio tomó la calidad de *caballero , doctor en leyes*. El procurador imperial cumplió con su cargo de un modo tan sagaz , que su mismo amo no lo hubiera hecho mejor. « Federico II , decia , no comprende porqué ha dejado la Italia como » fugitivo el papa. ¿ Qué peligros podian venirle estando en » medio del campo del emperador , en medio de tropas fieles que » le hubieran defendido á todo trance ? Mi amo solo espera una » palabra para venir á los piés del papa y ofrecerle su brazo y » espada. Todo su pensamiento es asegurar una paz sólida para » poder en fin ir contra los Griegos cismáticos , contra los Musulmanes de la Palestina y contra los Tártaros del norte de » Europa ; para mostrar en fin al mundo que unidos estrechamente el sacerdocio y el imperio , son invencibles. » Al oír este magnífico lenguaje Inocencio IV interrumpió al orador diciendo : « Esas son hermosas promesas ; pero se me hicieron » un año há , y han sido quebrantadas. » Las instrucciones de Tadeo de Suessa le permitian toda exageracion oratoria para el provecho de su causa ; mas se le habia inhibido aceptar ninguna de las bases de reconciliacion propuestas y discutidas en el año anterior en las conferencias de Italia. Federico II queria ganar tiempo y captarse la opinion pública ; mas de modo alguno queria seriamente la paz. Sin embargo , los Padres del concilio quisieron tentar el último esfuerzo , y dieron quince dias de término para justificarse ó bien para proponer condiciones de paz aceptables. Tadeo de Suessa le escribió suplicándole evitase por medio de franca sumision la sentencia rigurosa que infaliblemente habia de darse contra su contumacia. Federico II estuvo inflexible ; y era llegado ya el tiempo de la justicia. Compareció Inocencio IV en medio del concilio con un cirio en la mano : y todos los obispos tenian igualmente el suyo. Tal era entonces el ceremonial ordinario de las excomuniones solemnes. Tadeo de Suessa continuó hasta el fin su cargo desesperado de abogado

imperial , y dijo en alta voz : « En nombre de Federico II , mi » señor , apelo de la sentencia que vais á pronunciar al papa » futuro y á un concilio mas general. » No se tomó en cuenta semejante protesta ; y en medio de un imponente silencio de la augusta asamblea , el papa leyó el decreto de excomunion fulminada contra el emperador de Alemania en los términos siguientes : « Despues de haber deliberado con la debida madurez » con los cardenales y Padres del santo concilio , declaramos » á Federico II echado del seno de la Iglesia católica ; absolvemos para siempre de su juramento á todos los que le han jurado fidelidad : prohibimos por autoridad apostólica que » nadie le obedezca jamás como á emperador de Alemania , ó » como rey de Sicilia ; y queremos que en adelante , cualquiera » que le diere ayuda ó consejo , sea excomulgado *ipso facto*. » Los electores le darán un sucesor al imperio , lo mas pronto » posible. Respecto del reino de Sicilia , proveeremos con acuerdo » y consejo de nuestros hermanos los cardenales. » A estas últimas palabras , el papa y todos los obispos volvieron á tierra los cirios y los apagaron en el suelo. Es indecible la emocion causada en todos los asistentes por esta tan augusta como terrible ceremonia ; Tadeo de Suessa exclamó lleno de espanto y estupor : « Dióse en fin el golpe : este dia es verdaderamente » dia de ira. » Algunos autores modernos distinguen aquí dos sentencias : la de excomunicacion y la de deposicion : dicen que la deposicion fué pronunciada en el concilio , mas no con su aprobacion. Sin embargo , consta por el contexto mismo del acta que en el ánimo de los Padres no hubo distincion , y que la aprobaron en su totalidad. Por lo demás , su silencio fuera una aprobacion tácita , pues que el papa dice expresamente que ha conferenciado y deliberado con ellos. Por esta razon los autores contemporáneos entienden de este modo el acta , y afirman que la sentencia fué dada con aprobacion del concilio. Federico estaba en Turin cuando supo esta noticia , y montado en cólera dijo : « Este papa me ha depuesto en su concilio y me ha quitado la » corona. ¿ Que traigan mis cajoncitos ! » Se los presentaron , y dijo : « Ya veis si mis coronas se han perdido : » y luego po-

niéndose una en la cabeza, repuso: « ¡No, no! ni el papa ni el concilio me la quitarán sino á costa de sangre. ¡Un monje tener la insolencia de arrancarme la dignidad imperial, á mí que no reconozco príncipe superior! » Pasó á Sicilia, llamó de nuevo á los Sarracenos á su socorro, y lo llevó todo en Italia á sangre y fuego. Pero Dios le habia abandonado; y la Europa cristiana le miraba como un azote. La liga lombarda y el partido de los Güelfos, animados de fuego y valor invencible, le enseñan que « no le conviene al hombre mortal el luchar contra su Dios. » Su ejército es vergonzosamente rechazado y derrotado bajo los muros de Parma. Mas la crueldad de Federico redobla con los reveses, y hace sacar los ojos á Pedro de Vignes, su canciller, y hasta entonces su íntimo confidente, y le entrega en manos de los Pisanos, sus mas encarnizados enemigos. Pedro de Vignes evitó los tormentos espantosos que le aguardaban, abriéndose la cabeza contra la columnita á que le habian atado. El rey Enrique, primogénito de Federico, fué preso por orden de su padre y murió en un calabozo. La justicia divina pasada por todos los cómplices del tirano. Tadeo de Suessa murió en una derrota despues de haber tenido cortadas ambas manos. Encio, hijo del crimen, á quien Federico II quiso hacer rey de Cerdeña, murió en una jaula de yerro despues de veinticinco años de cautiverio. Ezzelino, el feroz, que habia cubierto de matanza y ruinas á Verona, Vicenza, Padua y Brescia, acabó su vida por hambre en un calabozo. Federico II murió, en fin, como algunos dicen, ahogado por Manfredo, otro hijo natural suyo, á quien habia dado el principado de la Toscana, en 1250. Y como si la venganza divina hubiera de extenderse á todas las generaciones de esta raza maldita, Conrado, hijo legítimo de Federico II, murió á los 26 años emponzoñado por el infame Manfredo. Este último fué muerto en una batalla, y Conradino, último vástago legítimo de la casa de Hohenstaufen, espiró mas tarde en un cadalso, y con él quedó extinguido el imperio políticamente anticristiano de Alemania, que intentaba esclavizar á la Iglesia y al mundo entero. Pero, como veremos pronto, le sucedió un imperio mas humano

en la persona de Rodolfo de Absburgo, cuya posteridad reina en nuestros dias (1).

17. Mientras todas estas cosas, el concilio de Lyon se habia ocupado en proporcionar socorros al imperio latino de Constantinopla, casi espirante; y habia tomado medidas para emprender nueva cruzada con el doble objeto de librar á la Tierra Santa y salvar á la Europa de la invasion de los Tártaros. Estos Tártaros ó Mogoles habian conquistado la Persia y parte de la China, bajo el mando de su rey Gengiskan, cuya existencia, elevacion y furor costaron á la especie humana de cinco á seis millones de individuos, y á cuya muerte, en 1237, se extendia su territorio desde Tauris á Pekin, por mas de mil y quinientas leguas. Sus hijos acabaron la conquista de la China y se echaron sobre la Rusia, Polonia y Hungría, á las cuales saquearon é hicieron tributarias. Amenazaba una nueva barbarie al Occidente; y estas inmensas evoluciones de ejércitos lo habian trastornado todo en el Oriente. Los Coresmianos, pueblos feroces y desconocidos, huyendo del ejército conquistador, penetraron hasta la Palestina; tomaron á Jerusalem, profanaron todos los Santos Lugares, é hicieron de esta comarca un vasto desierto; por lo cual era urgente una cruzada. Inocencio IV la proclamó en Lyon. A su voz, todas las naciones cristianas del norte de Europa se formaron en ejércitos y fueron á presentar la batalla á los Mongoles en la llanura de Wollstadt, no lejos de Leignitz. Fué uno de los combates gigantescos que por el número de soldados y el

(1) Segun unos, Federico II murió de muerte natural, y en su lecho de muerte fué reconciliado con la Iglesia, habiendo recibido la absolucion de manos del arzobispo de Palermo. Segun otros, fué ahogado por Manfredo. Y en fin otros dicen que murió excomulgado, y dando señales de la mas cruel desesperacion.

[Toda esta historia del infeliz, cuanto de infausta memoria, Federico II de Alemania está relatada de un modo muy diferente, en cuanto á los detalles, por el sabio Pedro Mejía, y el no menos erudito Illescas. Ambos tuvieron en manos documentos preciosos que ilustran mucho la historia de aquel tiempo, y aclaran un sinfin de dudas que dejan en el ánimo del lector los escritores franceses, que no hacen sino copiarse. Por ejemplo, el cerco de Parma duró dos años, y su causa no era la política anticristiana de Federico, sino otros motivos diferentes. Por lo demás, todos los autores, franceses, alemanes, italianos y españoles, pintan á Federico como hombre de mala fe, tirano é inmoral.] (El Traductor.)

valor salvaje que les animaba, reproducía las invasiones de Atila y Abderrahman. Por desgracia los cristianos fueron vencidos, y el Occidente hubiera desaparecido tal vez para siempre, si la muerte Oktai, jefe de estas hordas bárbaras, no hubiese llamado los Mongoles al Asia, en 1243.

18. Una circunstancia particular contribuyó además á las instancias de Inocencio IV y determinó la séptima cruzada. En 1244, san Luis fué atacado en Pontoise de una enfermedad violenta que en pocos días le puso á las puertas de la muerte. Se hicieron fervorosas plegarias por su salud en todas las iglesias de Francia, pero el mal aumentaba. En cierto día se creyó al rey muerto, cuando se le vió despavorizarse de repente como de un profundo sueño, y su primera palabra fué pedir la cruz. La reina doña Blanca, su madre, los señores de la corte y hasta los mismos prelados trataron de disuadirle de este proyecto. Entonces les dijo que, en lo mas recio de la crisis que estuvo á pique de llevárselo, habia prometido á Dios que si le daba salud iria á combatir á sus enemigos en la Palestina. Ya convaleciente, convocó en una asamblea á su madre al obispo de París y á los principales consejeros de la corona. « Vosotros creéis, les dijo, que no tenia yo uso libre » de mis facultades cuando hice voto de ir á Tierra Santa. Hé » aquí mi cruz, que quito de mis hombros, y os la devuelvo. » Y en efecto, remitió la cruz en manos del obispo de París, á quien colmó de júbilo este cambio inesperado. « Ahora, con- » tinuó el rey, no podeis negar que tengo el entendimiento » claro y tranquilo. Devolvedme la cruz. El que lo conoce » todo sabe que no tomaré yo alimento alguno hasta que me » vea revestido de nuevo de este sagrado signo. — Pues que » es la voluntad de Dios, respondieron todos, no nos opone- » mos ya á sus designios. » Desde este momento no pensó san Luis sino en el cumplimiento de su voto. En 1248, vino á San Dionisio á recibir la oriflama de manos de Eudon de Chateauroux, legado del papa. La reina Margarita, su esposa, los condes de Artois y de Anjou, sus hermanos, y hasta el legado mismo y un gran número de señores y obispos le acompaña-

ron en la expedicion. Dejó la regencia á Blanca de Castilla, su madre, cuya administracion sabia y prudente habia admirado ya por largo tiempo la Francia. Al pasar á Lyon, recibió la bendicion pontifical de Inocencio IV, á quien dijo al separarse: « La Francia tiene que temerle todo, en mi ausencia, » las empresas de Enrique III, rey de Inglaterra, y de Federico II, emperador de Alemania. Os dejo el encargo de » cuidar de ella. » El monarca se embarcó en Aguas-Muertas, y de alas se hizo á la vela para la isla de Chipre, sitio de reunion de todos los cruzados. Se concertó allí el plan de ataque. Desde 1229, época de la sexta cruzada, conducida por Federico II, Jerusalem, tomada, perdida y reconquistada por los Ayoubitas, y mas tarde por los Coresmianos, quedó definitivamente en poder de Malek-Saleh, sultan de Egipto, que se apoderó tambien de Damasco. Se discutió la cuestion de si seria mas oportuno entrar directamente en la Palestina y dirigirse inmediatamente á la Ciudad santa, ó bien si valdria mas atacar al sultan en el corazon mismo de sus Estados, para obligarle á devolver Jerusalem. Juan de Briena, cuando la quinta cruzada, se decidió por este último partido, el cual prevaleció ahora en el consejo de san Luis. Y fué gran desgracia; porque el Egipto ofrecia dificultades casi insuperables por la disposicion particular de su suelo, ora inundado por el Nilo, ora abrasado por insoportables calores del estío. El ejército de los cruzados, mal provisto, tenia que sufrir los horrores del hambre junto con los de la peste, que casi de continuo reina en aquel país tan cruzado de lagunas fétidas. El 4 de junio de 1249, la flota cristiana pareció en vista de las embocaduras del Nilo. Un ejército innumerable de Sarracenos cubria la costa entera, y presentaba como una espesa selva de lanzas y cimitarras. El rey no esperó á que su navío tocase tierra, sino que se echó al mar con espada en mano. Sus gentes le siguieron. Los Mamelucos, mandados por Fakhr-Eddin, tuvieron que ceder al valor de los Franceses. La plaza fuerte de Damietta, abandonada por los fugitivos, abrió sus puertas al vencedor; pero la inundacion del Nilo les obligó á